

SUSCRICION EN MADRID.

POR UN MES... 4 RS.  
 POR TRES MESES... 10  
 POR UN AÑO... 40

# LA SEMANA

PERIODICO PINTORESCO UNIVERSAL.

SUSCRICION EN PROVINCIA

POR TRES MESES... 12 RS  
 POR SEIS MESES... 24  
 POR UN AÑO... 50

HONORATO GABRIEL RIQUETI,

CONDE DE MIRABEAU.

Hijo de nobles padres, nació este célebre tribuno en el castillo de Bignon, cerca de Nemours, el 9 de marzo de 1749. Aprendió matemáticas con Lefrange, y habiendo elegido la profesión de las armas, puso toda su atención en las ciencias que á ella se refieren.

A los catorce años de edad, compuso el elogio del gran Condé, y á los diez y siete entró en clase de subteniente en un regimiento de caballería.

Casóse en Provenza con una heredera joven y rica, hija del presidente del parlamento provenzal. Al año de matrimonio, vemos á Mirabeau deudor de 160,000 francos, y reducido á aceptar la humillante tutela de una interdicción. Su padre se indispuso con él, y el escándalo de sus relaciones con Mad. Monier, la fuga de ambos, su prisión y encarcelamiento, aumentó el enojo de su familia.

Puesto en libertad en 1782, escribió algunas memorias donde ya se deja ver al ilustre y elocuente orador. Sus numerosos escritos le dieron bastante reputación.

Subió, con efecto, á la tribuna, y llegó á ser el idolo de la clase media y del pueblo; pero en vez de edificar lo destruyó todo, fundando solamente ideas teóricas.

Dice Mad. Staël: «Mirabeau, dotado del talento mas estenso y resuelto, se creyó con fuerzas suficientes para derrocar al gobierno y establecer sobre sus ruinas un orden de cosas cualquiera, obra de sus propias manos; proyecto gigantesco que perdió á la Francia y á él mismo, pues primero se portó como un faccioso, aun cuando él se suponía el hombre de Estado mas reflexivo.... etc.» Luego añade la misma escritora: «Mas adelante, se apresuró Mirabeau á proclamar los prin-

para satisfacerle y calmar su angustia, le presentaron una copa, diciéndole que contenía la bebida mortal; la tomó Mirabeau con ansia, bebió, y murió á los pocos minutos.

Su muerte fué llorada por casi todo el pueblo francés.

## REVISTA MUSICAL.

*Debut brillante del joven tenor español señor Belart con Lucrezia.—Fiasco de Norma.—La Prova d' un ópera seria.—Señor Róvere.—Señora de Giuli.—Ajuste de las señoras Montenegro, Raffaelli y Cerito.—Deseos realizables.*

El presente mes ha sido bien fecundo en acontecimientos musicales de que vamos á dar una idea á nuestros lectores. El 3 del mismo se verificó en el Teatro Real el *debut* del joven tenor español señor don Buenaventura Belart, que se trasladó desde las aulas de la Universidad al escenario de este coliseo, obteniendo el éxito mas brillante y satisfactorio, así para él como para el arte. Muy pocos de nuestros lectores habrá que no conozcan por otros periódicos que nos han precedido, las circunstancias de aquella primera salida, lisonjeándonos con la idea de que alguno de aquellos habrá leído una *Revista* que en un diario político escribimos el día inmediato, dedicada exclusivamente al aficionado que alcanzó carta de artista en una sola noche, y en una ópera en que luchaba con los recuerdos de Moriani, el tenor *della bella morte*, calificación ganada con este *spartito*, con *Lucrezia*, en fin, y á la que añadieron los italianos el siguiente juego de palabras: «Per morire, Moriani.»

Por no incurrir en repeticiones fastidiosas, diremos solo que el célebre *madre mia del terzetto*, y la romanza de *i due illustre rivali*, son cantadas por el señor Belart con sentida inspiración, con gran filosofía, con profundo conocimiento del canto, no adquirido, sino efecto de ese instinto, que en donde quiera que esté, hace adivinar al *genio*.

La señora de Giuli Borsi, á quien los españoles, y los españoles amantes de la música, tenemos mucho que agradecer por el afecto verdaderamente maternal con que alentaba á nuestro compatriota en aquellos difíciles momentos de prueba, obtuvo en dicha noche *dos triunfos*, uno para sí misma, otro para el señor Belart. Estamos seguros de que cada una de las palmadas que éste arrancó, sonaron en los oídos de la artista de un modo mas dulce y mas halagueño, que las á ella misma dirigidas. Aparte de esta gloria, la señora Giuli puede estar segura de que deja recuerdos indelebles en el ánimo del público *dilettanti* por el modo con que ha ejecutado la difícil y terrible parte de la *célere envenenadora*, que encontró la espacion de sus muchos crímenes en la pérdida de su hijo, cuyo afecto era el único sentimiento dulce que experimentó aquel monstruo de crueldad.

A la *Lucrezia*, siguió la *Norma*, por la señora Rossi Caccia. Creemos que la hacemos un singular favor en no añadir una sola línea mas á esta ojeada retrospectiva.

Ahora que hemos trazado á grandes rasgos, y á modo de boceto los dos acontecimientos, cada cual en su género, que tambien en lo malo hay *sublimidad*, del Teatro Real hablaremos con mas extensión, por el interés de actualidad que encierra, de la última *partitura* puesta en escena en este coliseo. *La Prova d' un ópera seria*, nueva en Madrid, y con el objeto de dar á conocer al señor Róvere, bajo cómico, ó *bufo caricato*.

Y aquí dejamos de ser meros cronistas por un momento para hacer algunas breves, pero necesarias reflexiones, á nuestro juicio. Empecemos por una pregunta. ¿Cuál es la razón de que una ópera, que por su género parece debía estar mas al alcance de todo el público, no haya gustado sin embargo? Segun nuestra opinión, esta indiferencia ha nacido de que los madrileños, en materias de música son sumamente severos, pudiendo asegurarse que de las óperas bufas modernas la única que ha obtenido carta de naturaleza es *Elixir d' Amore*, y eso debido sin duda á que abunda en cantos verdaderamente *belinianos* y de la mas grata y pura melodía. Ya se entiende que no aludimos á las óperas de esta clase de Rossini, porque tales obras tienen el raro y singular privilegio de ser escuchadas siempre con avidez. Háblen, si no por nosotros *Ceneréntola*, *Coradino*, *Italiana in Algeri*, *il Barbiere* y tantas otras que sería prolijo enumerar. De las composiciones del género *bufo* posteriores á este autor, que se nos diga qué ópera es recibida en Madrid como *Elixir*, y rectificaremos nuestra opinión.

*La Prova* debía ademas hacer decaer naturalmente el interés de los espectadores por sus muchos recitados ininteligibles para una gran parte del público, y

lo poco *cantabile* en general de sus motivos. No es esto proscribido de nuestro repertorio, y mucho menos mientras el señor Róvere esté encargado del papel de *Campanone*; es aconsejar á la empresa que la presente en escena solo de vez en cuando, y como por vía de descanso á los espectadores y á los actores. Ahora digamos el juicio que hemos formado de su mérito en las dos noches que la hemos oído. El maestro Mazza, su autor, nos ha revelado que tiene un profundo conocimiento de la armonía, y sobre todo en las combinaciones instrumentales. Citaremos como muestra el *temporale* del acto segundo que involuntariamente nos trajo á la memoria el de *il Barbiere*, del cual creímos encontrar algunas *reminiscencias*. Los finales del acto primero y segundo son tambien de mucho mérito.

Creemos que antes de hablar de la ejecución del *spartito*, no llevarán á mal nuestros lectores que insertemos su

## ARGUMENTO.

Se reduce solo á poner de manifiesto una pequeña parte de las escenas que, poco mas ó menos, tienen lugar en todos los teatros, entre músicos, empresarios y cantantes, antes de la primera representación de una ópera.

Se trata de poner en escena una de estas para la apertura del teatro: el apuntador *Fischietto*, despues de haber ensayado los coros, les cita para ensayo en casa de la prima donna. Esta, que es la querida del tenor, aparece dándole quejas por su inconstancia y frivolidad, cuando llegan don *Grilletto*, autor del libretto, doña *Violante*, la segunda, y el señor *Campanone*, maestro compositor, empezando el ensayo al piano en presencia de don *Fastidio*, que es el empresario. La prima donna, llamada *Corilla*, se incomoda repentinamente por una cavatina que han dado á otra y que ella hubiera tenido gusto en cantar; el maestro no quiere cambiarla, el poeta tampoco, el tenor toma parte en favor de la cantante, esta quiere romper la escritura, y don *Fastidio* maldice el día y la hora en que se metió á empresario para perder dinero y tener ademas disgustos. El ensayo se interrumpe, pero despues, interponiéndose don *Grilletto* y don *Fastidio*, consiguen que aparentemente ceda el maestro á las exigencias de la bella *Corilla*, cuyos partidarios conoce que son muchos y á la menor instancia suya hubieran silbado la ópera. Para celebrar la reconciliación, decidese ir á comer al campo, (1) pero alli el inconstante *Federico* (el tenor) requiebra á una muchacha y *Corilla* se arrebató contra su amante, disgustando á todos este accidente que de nuevo ha venido á turbar la tranquilidad.

El segundo acto tiene lugar en el palco escénico, y va á empezar el ensayo general, no obstante quejarse *Corilla* de estar algo resfriada. *Fischietto* anuncia al maestro que el copista no ha traído aun la *sinfonía*, y por lo tanto se da principio al ensayo por una marcha: sigue luego el *aria* de la prima donna, pero ésta dice que es salir demasiado pronto en escena y que si no se coloca mas adelante no cantará. El maestro cede nuevamente á esta exigencia y continúa el ensayo, pero suspéndese de nuevo por haber venido á decir, que el que quiera ver el vestuario se dirija á la sastrería, donde el sastre enseñará su trage á cada uno. El poeta y el músico quedan lamentándose de su suerte y de los disgustos que les proporciona el poner su ópera en escena. Vuelven todos quejándose, en particular el tenor y la prima donna, de la mala calidad de los trages, y en el momento en que va de nuevo á principiar el ensayo, aparece el cartero, al cual se dirigen todos para recoger sus cartas que abren y leen. Por fin, sigue el ensayo, pero el tenor manifiesta que quiere estar presente al rondó de *Corilla*; á esto responde el poeta que entonces él debe estar encerrado en una torre, y que es imposible acceder á lo que pide: el tenor se desespera; el maestro obliga por fin al poeta á que ceda, como él ha tenido que ceder antes. Llega en esto la *sinfonía* y el maestro la prueba. Ultimamente, se concluye el ensayo leyéndose el cartel que se ha de fijar en las esquinas el día de la representación (de cuyo cartel han querido enterarse el tenor y la prima donna) y felicitándose todos por los aplausos que van á conquistar, termina la ópera.»

La señora de Giuli representa con la mas refinada coquetería á la *Corilla* caprichosa y casquivana. Como cantante se eleva á una altura inmensa en el *rondó* que va introducido en el acto tercero. El *andante* es del maestro Skozdopole, autor de la original y lindísima *tarantella* del acto segundo, y el *allegro*, que es un *aire de vals* muy movido, del maestro Venzano, violoncello de Génova.

La señora de Giuli ejecuta las mas difíciles y rápidas

(1) En esta situación, la dirección del Teatro Real ha introducido una *tarantella*, música del señor Skozdopole.



escalas con una seguridad de entonación, con una fuerza, con una *bravura*, en fin, que no creemos pueda encontrar rival. El público la hace repetir siempre este *aire*, cosa que nosotros no podemos menos de censurar, porque piezas de tanta valentía acaban con las facultades de un cantante durante toda una noche. No sucede esto á la artista, que canta con mas *bravura* en la repetición, *creciéndose*, si es admisible la palabra, de un modo admirable. Ya deseamos que llegue marzo para que Turin, que nos la roba, nos la devuelva, pues que la señora de Giulí está escriturada nuevamente para esta época. La deseamos muchos aplausos durante esta peregrinación artística, y la damos nuestro *addio* afectuoso y sincero.

El señor Belart está bien en esta ópera, pero desde luego le aconsejamos que se decida por el repertorio de *partituras* de sentimiento, al cual se adaptan perfectamente sus facultades. Como actor le encontramos con mas soltura y mas posesión de la escena.

El señor Róvere es un gran caricato, que logra mantener siempre la risa en los labios del público, sin hacer el payaso. Acción digna y natural, gesticulación fácil y propia, movimiento escénico, todo lo reúne, y todo acertadamente. Cantante de voz robusta, dice el *parlante* con notable soltura, y tiene oportunidades muy dignas de elogio.

La dirección del Teatro Real ha escriturado á las *primas donnas* señoras Montenegro y Raffaeli y á la bailarina Cerito.

A pesar de cuanto se dice, aun no se sabe definitivamente qué funciones serán las en que harán su primera salida estas tres artistas.

¡Cuánto nos alegraríamos de que cuando venga la señora Alboni se pusiera en escena la *Semirámide*! Abrigamos la esperanza de que el señor Solera, artista mas que empresario, y artista con fé, con corazón, removerá cuantos obstáculos á la realización de este pensamiento puedan oponerse. La Alboni estaba divinamente con el traje de *Orsini*. ¡Cuánto mejor estaría con el opulento traje oriental de *Arsace*! Si fuésemos poetas, por nuestra fé, que la dedicáramos una composición á «la esbeltez de su talle y á lo proporcionado de sus formas,» para ver si lográbamos decidirla á que aceptase aquel papel. Por lo demas, y hablando seriamente, pronosticamos que la *Semirámide* por las señoras Montenegro y Alboni, y el bajo Rodas, á quien parece se ha escrito, daría muchos llenos al Teatro Real.

25 de noviembre.

J. ORTEGA ZAPATA.

## LA HISTORIA DEL MATRIMONIO (1).

## CUADRO SETIMO.—LA VICARIA.

*Odia el delito y compadece al delincuente.*

Los que aseguran que del dicho al hecho hay gran trecho, y que el ofrecer no es dar, y tras de esto añaden que todos los refranes son sentencias, pueden tomarse la pena de examinar detenidamente este cuadro, y verán cuanto se equivocan en sus asertos. Aquí del bien al mal no hay un canto de real, y en materias de vicaría los dichos son hechos, y el que ofrece paga; que al buey por el asta y al hombre por la palabra. Al matrimonio se entra por una puerta cochera y se sale por el ojo de una aguja; que no habló Dios con los casados cuando dijo que su yugo era suave y su carga ligera. En la vicaría sucede lo que en aquel teatro cuyos cómicos, cansados de que el pueblo no les favoreciese con su presencia, anunciaron que la entrada era gratis, y al concluirse la función, cerraron las puertas del coliseo, y por la parte interior pusieron unos grandes carteles en los que se decía, que la salida costaba una peseta.

Pero vive Dios, lector, que no era mi ánimo moverte semejante galimatías, ni aun hablarte de vicaría tan de buenas á primeras, y sin haberte dado tres veces el ¿quién vive? Cierito es que la entrada á la vicaría es franca, y que esa oficina eclesiástica es la única de España en que no te detienen el paso los porteros, ni arrojan debajo de la mesa los memoriales, ni dan percha á los expedientes; pero no porque la entrada esté libre nos hemos de lanzar allí de rondón sin vernos primero las caras y saber qué gentes somos los que allí vamos. Yo no necesito para hacer el cuadro sino un soltero, una soltera y tres testigos; pueden acompañarles un par de suegras y algunos hermanos y primos; pero esto será demasiado lujo y no conviene. Seamos modestos; hagamos la escena con la gente de casa.

Ruégoles, sin embargo, y esto no lo hago ni por tí, ni por mí sino por el protagonista del cuadro, que me dejes respirar un rato el aire libre y tomar aliento antes de entrar en la casa número 3 de la calle de la Pasa, por la plaza del conde de Barajas ó por la del conde de Miranda. Y vive Dios, y aquí lo digo entre paréntesis, que ese par de condes han tenido un raro capricho al elegir local para perpetuar sus títulos, y que mas les valiera y mejor les estaría llamarse el uno conde de *Paciencia y barajar*, y el otro de *Anda y no miras*, y no de mira y anda; pues á buen seguro que si los hombres mirasen, no andarían tan de prisa hacia

el matrimonio; y si acaso estuviera permitido el divorcio, bien haría el otro conde en ofrecer barajas á la puerta de la vicaría, por aquello de que «á malas cartas, barajas nuevas.»

No sucede así ciertamente, y por esto queremos que el reo vaya con calma al suplicio, no diga luego que no le dimos tiempo para arrepentirse. Y cuenta con no hacerla de pensarlo en el momento de dar el sí al pie de los altares, porque ese momento no llega nunca; y este es otro error en el que suelen vivir casi todos los candidatos. Creen los novios que no son maridos hasta que el cura les echa las bendiciones, y se engañan; semejante idea es una de tantas ilusiones como nos hacemos en esta vida, que asimismo no deja de ser otra ilusión. Si el torero aguardase á pensar en el peligro á que espone su vida, cuando se halla con el estoque en la mano delante del toro, no temblaría nunca. Desde que se anunció en el cartel su salida á la plaza, firmó su sentencia de muerte ó de vida; mas tarde el compromiso del empresario, y los derechos del público, no le dejan pensar en otra cosa sino en salir del lance con el mayor lucimiento posible. Está comprometida su reputación de artista, y es preciso sacarla á salvo.

Pues ahora bien, lector, el hombre desde el momento en que ha declarado su amor matrimonial á una mujer, con anuencia de la madre, no es dueño de retroceder en el camino, ni de pararse hasta alcanzar el grado de marido. Es un artista que ha anunciado al público su obra y no tiene otro remedio sino terminarla en el menor plazo posible. ¿Queréis saber los fosos y contrafosos que le ha abierto su futura suegra para que no pueda tocar á retirada?... Pues oidme un rato, antes de que llegue la hora de entrar en la vicaría. El mismo Perico Derretido, á quien de seguro habreis cobrado ya alguna afición nos servirá de modelo en este cuadro.

Le dejásteis recogiendo su fé de bautismo legalizada, para encargarla con la de su futura, y remitirlas ambas á la vicaría como cabeza del proceso, pero no sabéis los preliminares de esa heroica resolución, ni toda la importancia matrimonial que tiene semejante paso. Tal vez creais que á la vicaría se va por todo como á Roma, ó que allí entregan los autos á las partes para que apelen de los fallos del tribunal y que siempre hay tiempo de sobreeser el proceso; pues mucho os engañais los que tal hayais creído, y bien haya la bienaventuranza en que os hace vivir vuestra inocencia. Pero todos habreis de ir allí tarde ó temprano, porque segun dicen las gentes el estado del hombre es el de casado, y si queréis que la sociedad os guarde alguna consideración no os queda otro partido que el de partir vuestro corazón y vuestro bolsillo con alguna prójima. En el último cuadro de esta historia, os demostraré la verdad de lo que voy diciendo, y oidme ahora lo que ahora os digo:

Pues es el caso, que apenas vió doña Casiana que su futuro yerno no veía de amor, y que se iba acercando el momento de llevar al altar á su hija trató de formalizar el asunto, y de que el *yo abonaré una mano y un bolsillo* firmado por el novio no fuese un papel de estraza como suele decirse. Antes de entregarle la partida de bautismo de la niña, y de que se enterara del día de su nacimiento, único secreto que saben guardar las mugeres, le volvió á coger entre puertas, y á solas sostuvieron el siguiente diálogo:

—Amigo mío, dijo doña Casiana serena pero preparándose para compungirse mas tarde, vd. lleva por la posta las diligencias del matrimonio, y yo aun no tengo el gusto de conocer á la familia de vd., ni de saber si son gustosos en este enlace.

—Señora, interrumpió Perico azorado y temiendo que le negaban lo que metían por los ojos, yo soy mayor de edad y no tengo que dar cuenta á nadie; toda mi familia se reduce á un tío viejo gruñón, algo rico y con quien no me trato hace mucho tiempo.

—Pues es preciso, replicó doña Casiana paladeando gozosa las riquezas del tío, que ese señor venga á vernos y á pedirme la mano de mi hija.

—¿Pero, señora, es él ó yo el que ha de casarse?

—No importa; á mí me gusta la paz de las familias, y no se trata sino de una mera fórmula... por lo mismo que no tiene vd. otro pariente seria indecoroso para vd. el que no asistiese á la boda... y en suma, dígame vd. que yo me niego á consentir en la boda si él no da su permiso.

Perico corrió á buscar el sombrero para lanzarse en busca de su tío, pensando arrojarse á sus pies si era necesario hasta alcanzar su consentimiento; pero doña Casiana le detuvo diciéndole con tono cariñoso:

—¡Eh! no sea vd. tan vivo de genio; tiempo hay de ver á ese señor, y no crea vd. que se opondrá á la boda, cuando sepa quién es mi hija; verdad es que somos pobres, pero en cuanto á la educación, aunque no me esté bien el decirlo, pocas madres podrán tener el orgullo que yo.

Doña Casiana empezó á enternecerse, y antes que Perico tratara de consolarla, continuó diciendo:

—Yo no quiero que vaya vd. engañado, aun estamos á tiempo; mi hija es pobre; no tiene mas patrimonio que la educación que ha recibido, y su carácter... ¡Oh! eso, no porque yo lo diga, pero es un ángel.... Yo bien quisiera que todo fuese completo, y poderla dar un ajuar como vd. se merece, pero haré un esfuerzo.

—Señora, interrumpió el novio casi llorando, no me hable vd. de eso; la prohibo á vd. comprar una sola hilacha... yo me he enamorado de su hija de vd. y nada mas.

—Muchas gracias, dijo doña Casiana completamente enternecida; pero á pesar de todo, mi hija no irá desnuda.... A mi nada me hace falta despues de verla feliz, y para los pocos dias que me quedan de vida, en un rincón cualquiera....

—¿Qué dice vd., señora? exclamó Perico inocentemente asustado; seria capaz de no casarme si vd. no viniese á vivir con nosotros.

—Perdone vd., replicó doña Casiana, pero no puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque el casado, casa quiere... y....

—Nada, nada, mamá, y permítame vd. que desde ahora la dé este nombre, dijo Perico, viviremos todos juntos, y vd. en vez de perder una hija tendrá dos hijos.

—¡Hijo mío!... gritó doña Casiana estrechándole la mano.

Y procurando serenarse, al cabo de un breve momento, sacó del pecho un papel doblado, y se le entregó al yerno diciéndole.

—Aquí está la fé de bautismo de mi hija.... ¡quiera Dios que sea para su felicidad!

Perico besó la mano á la suegra, y partió como un relámpago á la calle de la Pasa.

Entró sin detenerse en el grande y súpico portal de la casa señalada con el número 3, y subió precipitadamente la ancha escalera de piedra, sin cuidarse de los grupos de gente que subían y bajaban del mismo modo.

Ni el color de la mampara lorrada de hule negro, que cubria la entrada del piso principal, ni la lobreque de la antesala, ni los súpulos bufetes de los notarios, nada se presentó á su vista, y antes por el contrario parecia que habia entrado en un Paraíso, segun rebosaba de gozo su semblante. No se habia fiado en esta ocasion de los bolsillos, y llevaba las fees de bautismo en la mano, con los ojos fijos en ellas como si se tratara de un billete de lotería premiado con 50,000 pesos fuertes. Desde la escalera habia tenido la cortesía de quitarse el sombrero, y entró dirigiendo sonrisas á un lado y á otro como si temiera que le negasen la solicitud que iba á presentar. Afortunadamente, (y vds. perdonen), antes de que concluyera de inclinarse delante de uno de los empleados, este recogió las fees de bautismo, y sin dejarle hablar le dijo:

—¿Cuántas amonestaciones va vd. á dispensar?

—¿Quién, yo?... repuso Perico asustado, pero sonriendo.... yo, si el señor vicario tuviese la bondad de dispensarme dos al menos....

—Será difícil, replicó el empleado, porque no quiere hacer esa gracia á nadie.

Perico insistió porque no sabia á donde se encaminaban aquellas dificultades, y recordaba varios amigos suyos á quienes les habia dispensado dos y aun las tres amonestaciones, y el empleado le dijo:

—Si lo hace vd. por ahorrar tiempo, es escusado, porque antes de que se despache el expediente habrán pasado tres dias festivos y....

—No puede ser, repuso Perico sobresaltado, yo quiero casarme dentro de ocho dias.

El empleado torció el gesto, y el pretendiente le rogó que lo tomase por su cuenta que el no entendia los trámites del negocio; y ya echaba la mano al bolsillo cuando aquel le dijo:

—No hay que pagar nada ahora, si vd. quiere que yo me encargue, le pondré la cuenta de todo; lo que hace falta es que se *tomen los dichos* hoy mismo si hemos de ganar tiempo.

—¿Y eso cómo se hace?

—Muy sencillamente; si se ha de ir á casa de la novia, es cosa algo mas, y no se podrá evacuar la diligencia hasta mañana. Si ella quiere venir aquí, ahora mismo traen vds. los testigos y en un momento está despachado.

—¿Pero cree vd. que el señor vicario no se opondrá?...

—¿A que?... ¿á que vd. se case?... pues si es su oficio! repuso el empleado riéndose.

—En ese caso, vendremos mañana.

—Bien, como vd. guste, se pierde un dia.

Perico salió de allí, pensando en que se iba á retrasar un dia su felicidad, y corrió á casa de su novia y á la de los testigos, rogándoles á todos que le acompañasen á la vicaría, y sin calcular el efecto que semejante noticia habia de producir en su suegra. Hizole esta presente que lo de tomarse el dicho era la mitad de la boda, y que no podia precipitarse de aquella manera, por lo cual opinaba que se suspendiese hasta el dia siguiente. Así lo hicieron y en aquel momento empieza el cuadro que existe en esta galería del matrimonio.

En un coche Simon, no tan grande como el navio Soberano, ni tan pequeño como una diligencia de tres cueros, suben á las diez de la mañana de un dia de invierno, la madre, la hija y una amiga, un testigo y el novio; este ha tenido la galantería de recoger á las señoras antes que á los otros dos testigos, y el convoy para á la puerta de cada una de las casas de aquellos. Afortunadamente el uno estaba al balcon, y á no haberse arrojado desde allí cuando oyó parar el carruaje, difícilmente habria podido bajar mas pronto de lo que lo hizo. El otro se hallaba rapándose las barbas, y detuvo largo rato á la comitiva; pero al entrar en el coche les indemnizó de su tardanza con mil cumplidos y otras tantas chanzas por el estilo de la siguiente:

—Dispense vd., señorita, dijo dirigiéndose á la novia, he tardado en bajar por impacientar un rato á ustedes, y porque no sabia si decidirme á declarar que

(4) Véanse los números 102, 103, 104, 105, 106 y 107.



## ODIO DE AMOR.

## NOVELA.

(Continuacion.)

## CAPITULO IV.

## LA VIUDA Y EL HUÉRFANO.

Llegó un día en que Carmen se encontró viuda y Felix huérfano. El baron de Monriera se había ido consumiendo dulce y lentamente, bendiciendo a su joven compañera, y dándole gracias por la felicidad con que había iluminado el ocaso de su vida. El viejo marino también había dejado de existir, con la vista clavada en el mar donde pasara sus mejores años. Hizo arrastrar su lecho hasta una ventana, y murió contento contemplando las olas y oyendo sus bramidos.

—No llores, dijo a Felix que sollozaba a su lado; te dejo diez mil reales de renta, mi espada y un nombre sin tacha. Esto es mas de lo que necesita un noble hidalgo para abrirse camino en el mundo.

Y así diciendo dejó caer la cabeza sobre la almohada y espiró.

Los dos primos se escribieron para comunicarse la comun desgracia que acababa de herirlos a la vez. Sus cartas se encontraron en el camino.

Después de los primeros meses consagrados al duelo y a los negocios de la sucesión, Carmen paseó sus ojos en torno de sí, y encontró muy triste y solitario su magnifico palacio. También había muerto su tia, y la joven viuda se veía sola con su belleza virginal y sus cuarenta mil duros de renta, muy afanosa de lo que podría acontecerle, habiendo perdido casi a un tiempo a su esposo y a doña Sinforosa. Creía que su desgracia era irremediable, y se aflija y lloraba como una Magdalena; pero Paquita, que continuaba en sus funciones de camarera y confidenta, le aconsejó que abandonase el palacio, cuyo silencio y soledad no podían menos de entristecerla, y se trasladase a Madrid.

—¿Y qué haré allí sin mi marido? preguntó la baronesa.

—Lo que todas las viudas. ¿No vivís aquí sin él? pues lo mismo os sucederá allí. Además, en aquella buena tierra, que conozco bastante porque es el lugar de mi nacimiento, con vuestro palmito y vuestra fortuna, no tendréis mas que abrir la boca para que se os presenten maridos a centenares.

Felix llegó a Madrid al mismo tiempo que su prima. Su primera visita fué para ella; pero la soledad en que había vivido desde su separación aumentó su natural timidez; por otra parte, conservaba un amargo recuerdo de lo que él llamaba la traición de la baronesa. El espléndido edificio en que esta vivía, el mejor entonces de la calle de Alcalá, le recordó la desproporción que existía entre sus respectivas fortunas; la saludó con frialdad, y se sentó con aire mortificado. El trage de rigoroso luto y el grave continente de su prima, que trataba de ocultar así los apresurados latidos de su pecho, le impusieron de un modo extraño, y al cabo de una hora en que solo hablaron de cosas insignificantes, se levantó y despidióse deslumbrado por su belleza, y mas infeliz que nunca.

Una noche que había ido a una reunión en casa de una señora que pasaba por muger de talento, Felix encontró allí a la baronesa. Los dos se saludaron fríamente; él no le perdonaba su matrimonio, ella estaba resentida de su precipitada fuga del palacio, y de su poco empeño en ir a verla, lo mismo allí que después de su llegada a la corte.

Carmen empezaba a creer que Felix la odiaba mortalmente.

La conversacion versaba sobre el amor, y sobre este tema inagotable se entabló una animada polémica. Teorías de toda clase salieron a relucir, y los demás se adherían a ellas ó las combatían tenazmente, segun se adaptaban ó no a sus propias ideas y sentimientos.

Un caballero navarro se propuso hasta asegurar que las mugeres no sabían amar, a lo que una joven andaluza contestó que los hombres no entendían una palabra en nada de lo que concernía al corazón. La absoluta de entrambos contendientes llamó vivamente la atención de todos, y unos tomaron parte por el caballero y otros por la señora.

La dueña de la casa propuso para dirimir la disputa que cada uno contase una historia sobre el particular, y que luego de oír a todos se deliberaría.

Empezaron las historias... y cuando le llegó su turno a Felix, miró a su prima, que aun no se había pronunciado, y comenzó su relato, en el que la baronesa de Monriera no tardó en adivinar una intención que no comprendieron los demás.

Aquel relato era la dolorosa historia de un pasado en el que resplandecía el amor do quiera sin que los labios lo revelaran: a medida que Felix hablaba animándose por grados, al calor de los recuerdos que en tropel se agolpaban a su frente, se descorría un velo a los ojos de Carmen, y veía en su hermosa desnudez los púdicos misterios que apenas había presentado. Conmovida y ruborizada, comprendía cosas en que hasta entonces no se había detenido a pensar y que se admiraba de no haber adivinado antes. Cuando Felix

pintó con toda la vehemencia de su pasión las angustias del amante convidado al matrimonio de la que le traicionaba, sus tormentos la noche de la boda, y su desesperación al separarse de ella, el seno de la joven viuda se levantó apresurado, rodó una lágrima por sus párpados y se cubrió el rostro con el abanico para que el narrador no se apercibiese del vivo carmin que lo embellecía.

—¡Oh! ¡me amaba, se decía ella, me amaba como yo quisiera serlo ahora! ¡por eso me acusa y me aborrece! y anhelante, suspensa de sus labios, escuchaba con embriaguez las palabras de Felix, y sus días pasados se iluminaban con destellos deslumbradores. La luz de la verdad fulguraba en las tinieblas de sus recuerdos, y su corazón se dilataba como la flor que se entreabre a los primeros rayos del sol. ¡Cuántas lágrimas divinas no habría Felix sorprendido en sus claras pupilas, si hubiese podido separar el abanico que se las ocultaba! pero era demasiado profunda su emoción para que se fijase en el movimiento acelerado con que se alzaba y bajaba el blanco seno de su prima. La parte dramática de este episodio pasó desapercibida para los demás, porque hombres y mugeres tenían la vista fija en Granado, que pálido y con los ojos centelleantes narraba la historia de sus malhadados amores; y todos pensaban en sus adentros que era demasiado elocuente y buen mozo para ser el héroe de tan desgraciada derrota.

Terminada la historia, la baronesa de Monriera se levantó, y pasando a la pieza inmediata, dirigióse a un balcon que caía a un jardín, apoyó su frente encendida en el frío mármol de la balaustrada y rompió a llorar amargamente. Cuando volvió a entrar en el salón Granado había desaparecido.

Mas tarde cuando se encontró sola en su alcoba, la cabeza apoyada en la almohada, vagando la vista en las coladuras de su lecho, interrogó a su corazón acerca de la clase de sentimientos que le inspiraba Felix, y por vez primera conoció que la amaba con un afecto mas ardiente que el de una hermana. Al comprenderlo trasportada de alegría, como un niño que se encuentra un juguete de su predilección, se incorporó en el lecho y extendiendo los brazos, cual si anhelara estrechar en ellos a un fantasma invisible, repitió en voz alta: ¡Te amo, Felix!

El sonido de su voz en el silencio de la noche la asustó, y viendo reflejar su imagen en el espejo de su tocador, tendida sobre los blancos hombros la negra cabellera, húmedos los ojos, desnudo el seno, trémula y palpitante apoyó sus brazos cruzados sobre la almohada y escondió en ellos su rostro teñido con las rosas del pudor.

Su alma, abandonada a su delirio, costó en alas de los ángeles el florido vergel donde se deslizaron los apacibles días de su infancia. Veía a Felix, todavía niño, prodigándola ya las atenciones de un amante; recordaba uno tras otro los sitios que habían recorrido juntos; traía a la memoria la escena del beso y la entrevista aereostática, y el sueño huía de sus ojos y el alba la sorprendió entregada a sus dulces devaneos.

Por fin logró dormirse; ¡pero cual sería su pena cuando esa misma tarde vino a visitarla la señora andaluza que con tanto calor defendía la causa del bello sexo, y la dijo que no se hablaba de otra cosa en la corte, ó mejor dicho en su tertulia cotidiana, que del próximo himeneo de la hija del vizconde de Relva con don Felix Granado!

Al oír tan inesperada noticia, por poco Carmen se desmaya: cuando abría su pecho a la ternura, el dolor entraba en él: sufrimiento y amor, dudas y esperanzas, la envidia y los celos, la vida completa de la muger en lucha con sus instintos y la sociedad, le fué revelada en un solo día.

Tres días después, el sábado, hubo como de costumbre baile en casa de su amiga. La hermosa viudita se adornó con particular esmero y supo sacar partido hasta del luto. A su entrada, un murmullo de admiración la anunció que podía sostener la competencia con las mas elegantes damas de la corte. Levantó los ojos y al primero que vió fué a su primo, que hablaba con una joven que nada tenía de particular. Carmen adivinó que aquella era la hija del vizconde.

Apenas había tomado asiento, la señora de la casa vino a presentarla al vizconde, el cual sabiendo su parentesco con Felix deseaba conocerla.

A las pocas palabras, este caballero participó a la baronesa el proyecto que tenía de conceder a Granado la mano de su hija.

Carmen se sonrió de una manera que llenó de sobresalto al vizconde.

—Pues qué, dijo éste, ¿creeis que no la hará feliz?

—Es muy difícil, pero imposible no, contestó ella con otra sonrisa igual a la primera.

—¡Explicaos, continuó el viejo sobresaltado; nadie mejor que vos que sois de la familia, que os habeis criado con él, segun dicen, podrá apreciar su carácter, sus costumbres, su...

—Ta, ta, ta, repuso la joven con un gesto desdénso, como si quisiera evitar la aclaración de lo que dejaba entrever; eso sería obra de romanos. Felix es muy buen chico, pero....

—¿Pero qué?...

—Oid, y no me preguntéis mas: os aconsejo que retardéis la boda cuanto sea posible....

Iba el vizconde a exigir nuevas explicaciones, cuando el capitán de cazadores, que desde la llegada de Carmen a la corte había vuelto a asediarse con mas cristianas intenciones, por supuesto, desde que su be-

este mozo (y señaló al novio) es soltero. Yo tengo acá ciertas sospechas.... (Y con una carcajada quiso destruir el mal efecto que habían causado sus últimas palabras.)

—Señores, dijo el otro testigo, saben vds. que parece cosa de mal agüero el nombre de la calle en que está la vicaria!.... ¡calle de la Pasa!.... ¡si fuese calle de la Queda! pero eso de pasar en una cosa que no pasa nunca, es algo raro.

—Pasa ó pesa, interrumpió el testigo buscado por la suegra, lo cierto es que estos señoritos se guardarán para ellos solos los ratos dulces, y a nosotros nos dan los amargos.

—No tal, replicó el testigo perezoso, hoy es día de dulces, vaya! ¡los dulces del dicho!... ¡pues no faltaba mas!

Así llegaron a la puerta de la vicaria, y subieron la escalera y atropellaron la mampara que se volvió a cerrar por sí sola como la válvula de una ratonera, y llegaron por fin a la presencia del oficial delegado del vicario para recibir el dicho a los novios.

De la modestia con que fueron recibidos, ni de la informalidad con que se les recogió la palabra de casamiento, no hay por qué decir nada; ni lo permite la índole de estos artículos, ni adelantariamos cosa alguna refiriendo lo que saben la mayor parte de nuestros lectores; acaso el no dar pompa ni gravedad á ese acto, que es el verdadero matrimonio civil, por mas que le autorice un tribunal eclesiástico, consista en que no quieran amedrentar ni retraer á los candidatos; y siendo así, los empleados de la vicaria hacen un servicio importante á las doncellas. Pero sea lo que quiera es lo cierto que nuestro convoy fué recibido sin ceremonia, y que pronto se confundió con tres ó cuatro grupos que representaban el mismo cuadro.

El notario puso algunas dificultades antes de tomar el dicho a los novios, y pidió algunos documentos sin los cuales no podía á juicio suyo despacharse el espediente. Perico tenía el alma pendiente de los labios del escribano, y hubiese dado en el acto dos libras de sangre por cada pieza de las que faltaban al proceso, á trueque de no retardar el momento de ser procesado. Por fortuna el notario se chanceaba, que á no ser así no habría pedido documentos tales, como la partida de defunción del padre de la novia, estando allí la fé de vida de la madre. Esto, que aunque parezca broma es histórico, produjo algun altercado entre el notario y los testigos, resultando por fin, lo que no podía menos de resultar: que se tomaron los dichos, declarando los novios el día en que se habían dado palabra de casamiento, y atestiguando los adláteres que los conocían y tenían por solteros desde antes que tuvieran edad legal para ser casados.

Terminada la ceremonia, sin otro ceremonial que el que hemos bosquejado, volvió la comitiva á empujarse en el coche, y al apearse en casa de la novia compró Perico la primer enhorabuena, dando ocho reales al zapatero que guardaba el portal de la novia. Esta y su madre corrieron aprovechando el carruaje, todas las casas de sus amigos, anunciándolas el fausto acontecimiento, y el novio concluyó la jornada pagando a los testigos una comida de doce reales cada cubierto en la fonda de la Europa.

Dos días después era domingo, y en la misa mayor de varias parroquias de la corte se dijo:

*Don Pedro Derretido y Malogrado, desea contraer matrimonio con doña Casilda Casa-Robles y Casariego; si alguna persona tuviere que presentar impedimento, puede avisarlo en el despacho de la parroquia; es primera y última amonestacion.*

A esa misa asistieron con puntualidad todas las amigas de la novia, y el autor de estos cuadros dice, que se sonrieron maliciosamente las casadas, que arquearon las cejas las viudas y que suspiraron las doncellas; lo que hay de cierto sin que deje de serlo lo otro, es que todas fueron a visitar a Casilda para decirle que ya la habían oído pregonar en la iglesia.

Doña Casiana mientras tanto teniendo delante de sí una docena de libras de dulces sostenía con su hija el siguiente diálogo:

—Mira, hija mia, es preciso enviar dulces á aquel consejero amigo de tu padre (Q. E. P. D.)

—Pero, mamá, si nos ve en la calle y no nos saluda!

—No importa.

—Creerá que lo hacemos para que me regale alguna cosa.

—Eso es de cajón; ya se sabe que todo el que recibe los dulces del dicho, tiene que regalar á la novia.

—Con que es decir que todas las amigas á quienes mandó vd. dulces ayer, tienen obligación de hacerme un regalo!

—¿Quién lo duda?

—¿Qué vergüenza!

—No tal, ya verás qué regalos tan buenos te hacen todos.

Los pronósticos de doña Casiana se cumplieron exactamente; había gastado cien reales en dulces, y recogió el ciento por uno, en abanicos, pañuelos, juguetes de tocador y otras frioleras.

El novio por su parte también recibió muchos regalos, del mueblista, del confitero, del comerciante de la calle del Carmen, y de otros varios, con la sola diferencia de que en vez de pagar el uno por ciento pagó el ciento por uno. Pero en cambio había ido a la vicaria y ya le faltaba poco para ser feliz.

Le faltaba lo que se dirá en el cuadro siguiente.

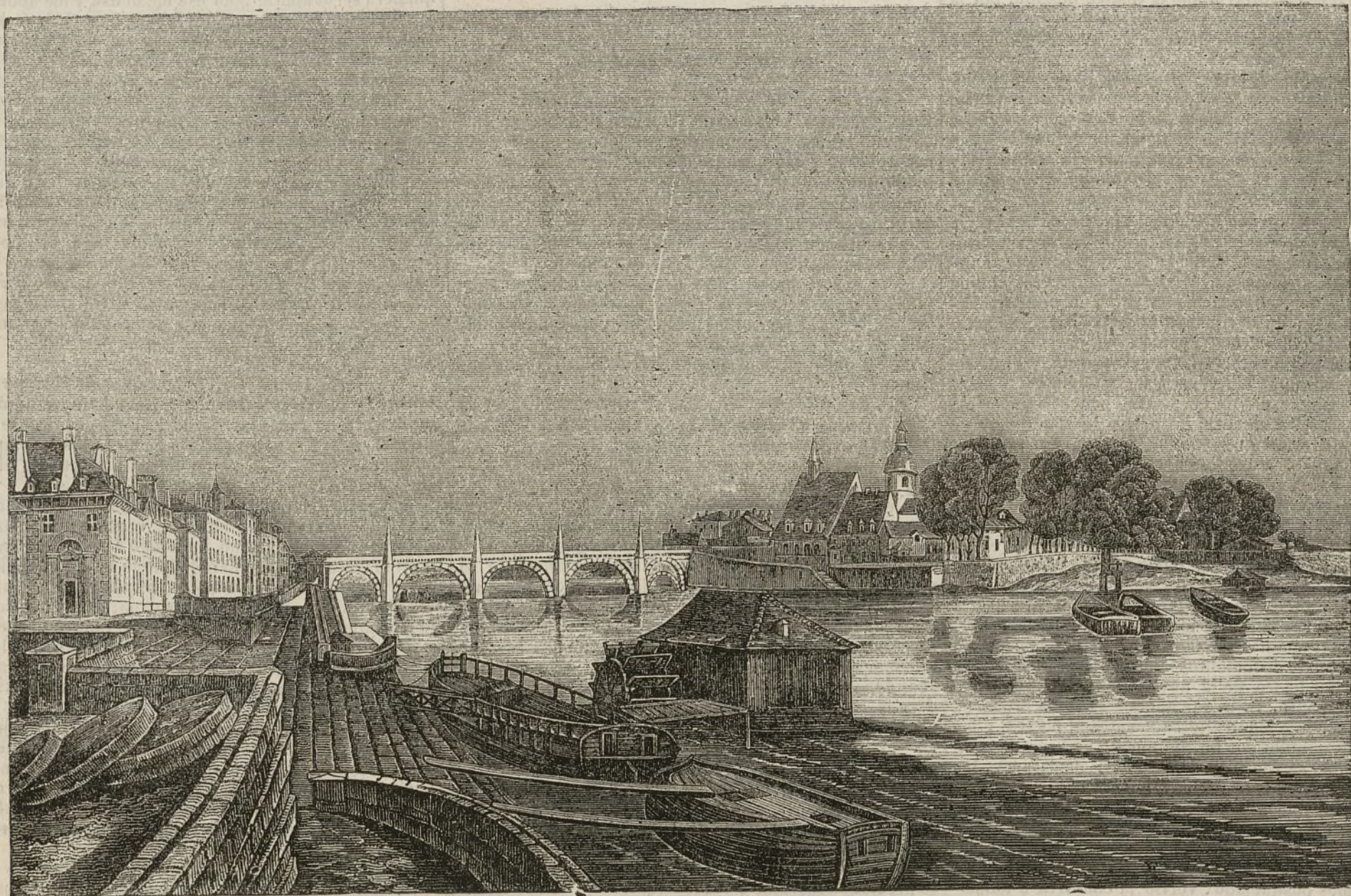
(Se continuará.)

ANTONIO FLORES.

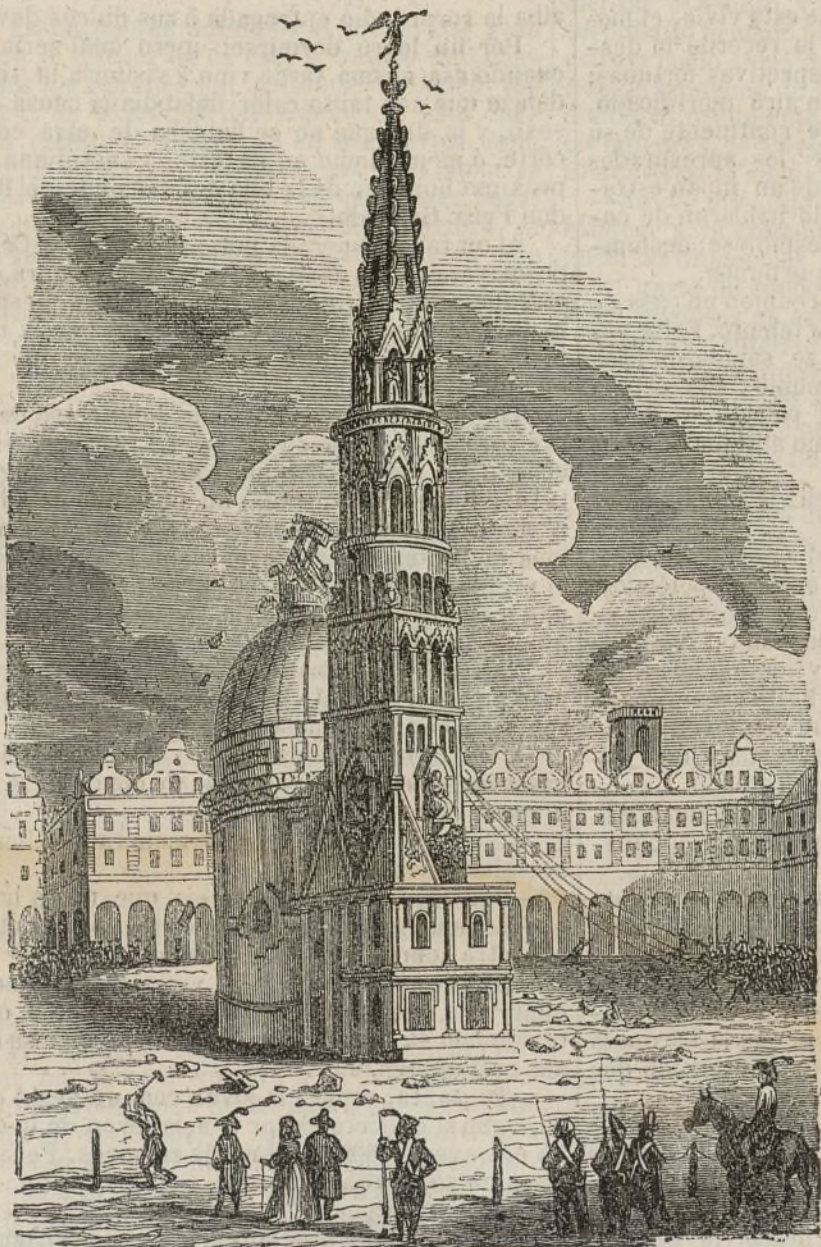


## VISTAS ESTRANGERAS.

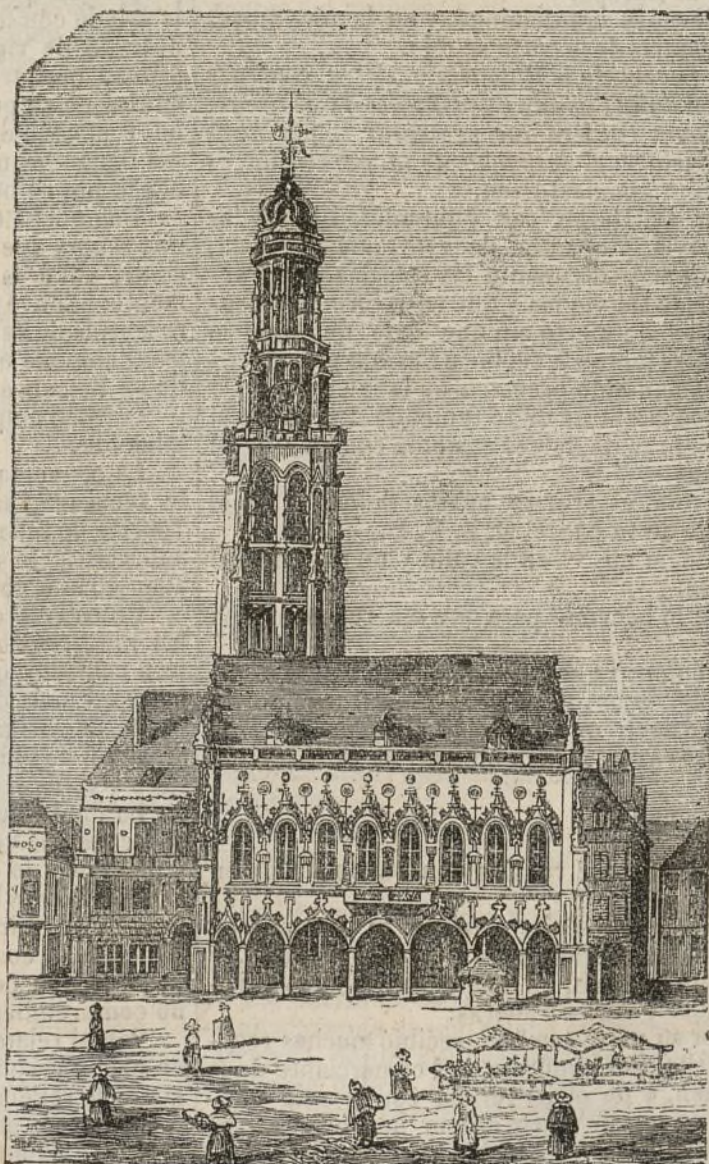
FRANCIA.



*Chalon en el Saona.*—Chalon pudiera llamarse la Tiro de Borgoña. Hoyes es una ciudad esencialmente negociante: sus monumentos antiguos, unos no existen ya, y otros están en cómpeta ruina y los modernos consisten en tiendas y albergues. Tiene dos hermosas plazas públicas, un muelle bastante hermoso, muy limpio y muy animado.



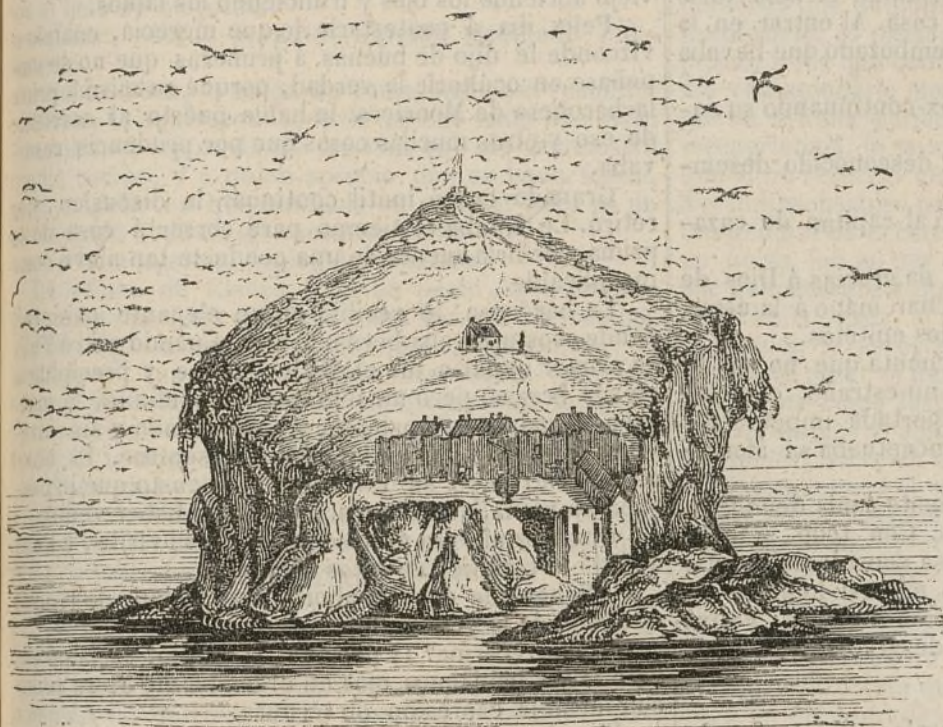
*Demolicion de la capilla del Santo Cirio de Arras.*—Arras es una de las ciudades que mas sintió los efectos de la revolucion francesa del 93. En ella imprimió principalmente su huella el devastador torrente que pasó por aquel pais, arrebatándole sus mas bellos monumentos y todas sus iglesias, escepto una, quizás la menos bella.



*ARRAS.*—Casa de ayuntamiento y campanario.—De los antiguos monumentos que posee, la casa de ayuntamiento es el único que se ha conservado hasta nuestros dias. Está concebido bajo un estilo de arquitectura gótica, y su construccion se remonta al siglo XV.



## POSESIONES DE INGLATERRA.



ESCOCIA. *Isla de Bas.*—A cierta distancia de los restos de Tantallon-Castle, aparece la isla de Bass, aislada como una gran pirámide en medio de las olas; tiene cerca de ochocientos pies de diámetro y cuatrocientos de altura.



CUMBERLAND. Todo viajero que recorre la Inglaterra, conserva mucho tiempo el recuerdo de los tres condados del Cumberland, del Westmoreland y del Lancashire. Ofrecen un panorama menos salvaje que la Escocia, y menos áspero que los Alpes.



GIBRALTAR. Pocos lugares hay en el mundo que sean tan célebres como Gibraltar, y sin embargo, es uno de los países que menos se conocen. Esta población se ve animada por un vecindario activo y formado de elementos tan diversos, que se podría componer un bazar de Oriente.

El pueblo bajo se compone casi exclusivamente de españoles, con un traje mas pintoresco y mas característico que el de las demás naciones de la Península. Gibraltar, ha llegado á ser un suelo neutral donde cada uno sigue su religion sin tener que temer los rigores de la intolerancia. Vese allí un gran número de judíos, la mayor parte procedente de lo interior de España. Es en fin, un país donde todos los emigrados hallan un saludable refugio.



lleza estaba realizada por una renta de cuarenta mil duros, acudió solícito, y vino á interrumpir la conversacion.

Felix, que desde la entrada de su prima habia perdido el hilo de su discurso y divagaba espantosamente manteniéndose como un forzado cerca de Rosita, la hija del vizconde; al ver que don Martin se aproximaba á Carmen, frunció el entrecejo, ella lo advirtió, y con una sonrisa que envidiarían los ángeles, tendió afectuosamente su mano al capitán.

Felix se levantó bruscamente y se situó cerca de la viudita, aparentando que hablaba con una de sus conocidas. Ella fingió no apercebirse de su maniobra, y continuó riéndose con los chistes de Rosales, el cual alentado con su desusada amabilidad, desplegó todos los primores de su facundia. Algunas frases en extremo lisonjeras llegaron á los oídos de Felix, y sintiéndose dominado de un violento deseo de atravesar con su espada al que las decía, determinó alejarse de allí, temiendo cometer un desatino. Levantóse, y sin hacer caso de las señas que le hacían Rosita y su padre, pasó á la sala vecina donde estaban las mesas de juego, y se sentó á una donde se jugaba al carté.

Desde el sitio en que quedaban la baronesa y el vizconde se veía dicha mesa; y no bien se habia empezado la partida, el segundo se aproximó á Felix y le preguntó alarmado:

—¿Jugais?

—Una friolera, contestó Felix, y sin levantar la vista, echó mano á su bolsillo y arrojó su contenido sobre la mesa. Habría jugado la corona de España con el mismo desden, con tal de verse libre de las diabólicas ideas que bullían en su cabeza.

El vizconde azorado inclinó el cuerpo hácia atrás: con la velocidad del pensamiento y el ojo inteligente de los avaros habia contado treinta onzas de oro.

—Considerad, exclamó, que son mas de noventa doblones.

—Es muy posible, respondió él barajando las cartas.

Carmen no habia oído una palabra de este corto diálogo; pero en cambio no se le habia escapado un solo gesto de los interlocutores; y cuando el vizconde se le acercó con ánimo sin duda de interrogarla, la espresion de su fisonomía, le dió la clave de su carácter. El futuro suegro de su primo era un avaro, y traía el aspecto de un monje que acaba de ver al diablo frente á frente.

—El señor don Felix, la preguntó, acostumbra jugar de vez en cuando?

—¿Cómo de vez en cuando?... respondió Carmen con indiferencia y como si se tratase de una bagatela; juega á menudo. Ha heredado esa afición de su padre, que como era marino y rico en otro tiempo....

—¡Ah! exclamó el vizconde volviendo la vista hácia la mesa donde brillaban las monedas de oro.

—Sabe todos los juegos conocidos, y me los ha enseñado cuando iba á pasar las vacaciones á la quinta de mi tia. Entonces era un niño, ya se ve.... así nada tiene de extraño que hoy, que es un hombre, sea un intrépido jugador. Acepta cuantas paradas le hacen, y no pestañea cuando pierde. A mi me agrada mucho verle jugar.... voy á ver cómo anda la partida.

La baronesa aceptó el brazo del capitán y le llevó al tapete verde. El vizconde de Relva los seguía: su presencia encendió la fiebre en la cabeza de Felix, que habia ganado y tenia apilado delante de sí un montón de oro. La viudita sentóse en frente de él y el capitán se apoyó en el respaldo de su silla. Un velo se interpuso entre el joven y los objetos que le rodeaban: habia notado cierta risita de triunfo en los labios del Cazador, y la sangre hervía en sus venas.

—Veinte doblones, dijo don Martin poniendo su dinero en el platillo del contrario de Felix.

—Cuarenta, si quieres, repuso éste.

El vizconde tembló como un azogado.

—¿Queréis que os lleve la mitad? dijo Carmen volviéndose con coquetería al capitán.

—Entonces serán cien doblones, respondió Félix livido de cólera y dando diente con diente.

Un grupo de jugadores rodeó la mesa: Felix aceptaba cuantas cantidades se ponían contra él, y jugaba sin reflexionar. Ebrio de celos y de ira, gracias si distinguía las cartas. Al cabo de media hora habia perdido una cantidad de consideracion.

Instado por alguno de sus amigos, levantóse y abandonó á otro su puesto: un ruido sordo le zumbaba en los oídos, y sus nervios se contraían dolorosamente; la risita del dichoso capitán le rasgaba el corazón como la punta de un puñal.

Al ir á coger su sombrero para marcharse, el vizconde le detuvo por el brazo y le dijo:

—Mal os ha tratado la suerte.

—Como siempre.

—¿Cuánto habeis perdido?

—No lo sé.

—¿Poco mas ó menos?

—Todo lo que traía y diez ó doce mil reales que me ha facilitado la dueña de la casa.

—¿En oro?

—Pues.

—¡Dios eterno!

—Eso no vale nada, se paga y no vuelve uno á acordarse de semejante cosa.

El vizconde asustado continuó mirándole hasta que desapareció; luego meneó la cabeza y murmuró entre dientes:

—¡No serás tú mi yerno!...

## CAPITULO V.

### POR NO ESPLICARSE.

Granado anduvo errante toda la noche por los alrededores de palacio, con ánimo de tirarse por uno de los malecones y poner término de una vez á sus padecimientos; pero tenia veinte y tres años, y á esta edad los hombres no se suicidaban en aquel tiempo con tanta facilidad como al presente. Al despuntar el alba varió de resolucion, y se dirigió á su casa. Al entrar en la calle del Arenal, tropezó con un embozado que llevaba opuesta direccion.

—¡Vaya un animal! gritó Felix continuando su camino.

—¡El animal será él! repuso el desconocido desembozándose.

Aproximóse Felix y reconoció al capitán de cazadores.

—¡Voto á crias! añadió este, da gracias á Dios de que eres mi pariente! ya iba á echar mano á la espada para enseñarte á no prodigar los epítetos.

—Si tal es tu deseo, hazte cuenta que no soy tu pariente, y considérame como á un extraño, contestó Felix, cuyo resentimiento se despertada impetuoso é irresistible, á la vista del que conceptuaba su afortunado rival.

—No, por regla general, nunca mato á mis deudores, y tú me debes cincuenta doblones. Con todo, si fuese otro cualquiera, prescindiría de esa consideracion, y á trueque de descargar en alguien mi mal humor, me batiría aunque fuese con el mismo Satanás. Felix, aquí donde me ves, soy el mas desgraciado de todos los cazadores de S. M. C.

—¿Tú?

—Yo, el capitán don Martin Rosales. No te fies de las mugeres, amigo mio; la mas inocente es caprichosa como el deseo, voluble como el viento, é incomprendible como el impulso que nos lleva siempre tras ellas, aun despues de haber conocido sus perfidias y sus malas mañas.

—Sin embargo, me habia parecido que no tenias derecho para quejarte de la crueldad de la baronesa.

—A media noche pensaba justamente como tú; entre la señora de Llanes y yo han mediado palabras que me daban derecho á esperar mejor correspondencia; pero, chico, anoche, como de costumbre, me dejó plantado. Siempre que la encuentro en cualquier reunion, me empeño en acompañarla hasta su casa, y ella manda cerrar la portezuela y me da las buenas noches, cuando su carruaje echa á correr. ¡Esto es inicuo y pasa ya de castaño oscuro!

Granado suspiró como un hombre á quien libran de un peso enorme.

—Mira lo que son las cosas, dijo al capitán, deseando cerciorarse hasta qué punto era exacta su narracion; al encontrarte á esta hora intempestiva tan embozado, me imaginé que venias de alguna aventura amorosa.

—Algo hay de eso; á falta de pan buenas son tortas. Vengo de casa de una amable criatura, que ha tenido la filantropía de prestarme hospitalidad por esta noche.

—Del mal el menos.

—¡Quita allá!... Oblígame á reanudar mis rotas relaciones con una querida del año pasado! Eso equivale á comer un manjar recalentado. Accion indigna de un capitán de cazadores que cuenta por centenares las conquistas. No perdonaré nunca á doña Carmen el duro compromiso en que me ha puesto, y me lo pagará con usura cuando estemos casados.

—¿Como! ¿todavía perseveras en tu propósito? preguntó Felix entre serio y risueño. ¿No escarmientas con tan repetidos desengaños?

—Hombre, no. Cuando un general sitia una plaza, se espone á las salidas y estratagemas mas ó menos insidiosas de los sitiados; pero no por eso desespera del triunfo. Yo enseñaré á la baronesa que no me desaliento por nada, y poco he de poder, ó se me entregará á discrecion antes de mucho tiempo. Necesito variar de plan, y mientras llevo al cuartel voy á meditar uno mejor. Adios, que sopla un cefirillo nada lisonjero.

Don Martin se embozó en su capa, y echó á andar calle abajo.

Felix, tranquilizado en parte acerca del resultado de su última intentona, temia, no sin fundamento, que en el porvenir su terquedad acabase por interesar á la baronesa. Esta idea le quitó el sueño, y en vez de entrar en su casa se fué á dar un paseo por el Prado.

Al volver del paseo á las nueve de la mañana, se encontró con una carta del vizconde, en la que le decía que circunstancias imprevistas no le permitían ya concederle la mano de su hija como habian acordado.

Felix leyó y releió la carta, á fin de explicarse el motivo secreto que podia motivar la extraña resolucion del vizconde; y no siéndole posible conseguirlo, creyó conveniente exigirle verbalmente una explicacion franca y explicita como caballero.

En consecuencia mandó á su criado que le trajese un coche de alquiler, y voló á su casa.

El vizconde, que se preciaba de franco, no tuvo empacho en declararle que sus hábitos y costumbres le inspiraban serios temores acerca del modo como administraría los bienes de su hija.

—En suma, para terminar, le dijo, creo que las cartas devorarian la mitad, y los dados el resto.

Felix le escuchaba estupefacto; la noche anterior habia jugado por la vez primera de su vida algo que valiese la pena.

—Caballero, contestóle con dignidad: no por haceros variar de resolucion, sino porque me interesa que mi buen nombre no padezca, debo rectificar la mala opinion que de mí teneis. Sabed que rara vez juego, y nunca cantidades que puedan comprometerme. Lo de anoche ha sido un capricho.

—¡Capricho que os cuesta una talega! murmuró el viejo abriendo los ojos y frunciendo los labios.

Felix iba á contestarle lo que merecia, cuando el vizconde le dijo de buenas á primeras que no se empeñase en ocultarle la verdad, porque su misma prima la baronesa de Monriera, le habia puesto al corriente de eso y otras muchas cosas que por prudencia reservaba.

Granado creyó inutil continuar la discusion, y se retiró. Le faltaba el tiempo para correr á casa de su prima y pedirle cuenta de una conducta tan alevosa como inesplicable.

La baronesa le recibió en un elegante gabinete, donde acostumbraba bordar y leer. Cuando entró Felix su primer impulso fué el de levantarse y precipitarse en sus brazos: pero un sentimiento indefinible le mantuvo clavada en su asiento, y balbuceando y sin atreverse á mirarle, le indicó que se sentase. El novel amante atribuyó su turbacion al disgusto que le causaba su visita, y casi se arrepintió de haber venido.

Una vez allí era preciso justificar su visita, y Felix abordó la cuestion en estos términos:

—¿Sabes que deberia aborrecerte, y huir de tí como el diablo de la cruz?

—¿Aborrecerme? ¿y por qué, Dios mio? exclamó ella fijando sus bellísimos ojos en el semblante de su primo con inefable espresion de ternura.

El puro resplandor de su mirada penetró hasta el corazón de Felix; pero el recuerdo de la indigna calumnia de que habia sido víctima, reanimó su energia que empezaba á decaer.

—Pronto lo sabrás, respondióla, pero si por desgracia me sobran á mi motivos para aborrecerte, ¿qué falta he cometido, qué te he hecho yo para que tú me detestes tan fraternal y cordialmente?

—¿Que yo te detesto?... preguntó ella como admirada.

Una luz tan viva resplandeció en los ojos de la acusada, habia en su acento tal eco de verdad y dolorosa sorpresa, que un amante mas hábil habria conocido el interés con que le miraba Carmen; pero Felix, preocupado contra ella, solo trató de precaverse de la magia que sobre él ejercia su hermosura y sus palabras, y por mas que un choque eléctrico hubiera hecho refluir toda su sangre al corazón, añadió con aspereza.

—Si eso no es odio, dime cómo he de calificar los piadosos informes que has dado sobre mí al vizconde de Relva. ¿Es mala voluntad, ó solo travesura?

La viudita no esperaba este ataque: se turbó y demasiado sencilla aun para disimular y aun mentir, si necesario fuese, con el aplomo y maestría de una cortesana, clavó los ojos en la alfombra y articuló algunas palabras vagas é incoherentes.

—No esperaba gran dicha de esa union, repuso Granado con voz alterada; y si me presté á ella fué mas por cansancio, por despecho y por el deseo de complacer á mis parientes, que porque estuviese enamorado poco ni mucho de la señorita de Relva. Quizá destruyendo este matrimonio me has hecho un gran favor sin advertirlo; y yo te daría las gracias, si no viese en el paso que acabas de dar un cálculo mezquino de perjudicarme. Este proceder, que nunca esperé de tí, me ha llegado al corazón.

Carmen le escuchaba en silencio combatida por encontrados sentimientos, que sus claros ojos tímidamente fijos en los de Felix, espresaban con la mayor elocuencia, pero éste no los creia, y se obstinaba en cerrar su alma á los efluvios amorosos que de ellos se desprendían.

¡Ay! Felix recordaba que no hacia muchas horas aquellos mismos ojos habian prodigado miradas semejantes al capitán de cazadores, y consideraba á Carmen como una coqueta que se gozaba en fomentar las mas dulces esperanzas para burlarse luego de sus víctimas.

Despues de una lijera pausa, dijo ella á su primo: —Deploro tu infortunio; pero no está en mi mano remediarlo. Si ese matrimonio se ha deshecho, otro se te proporcionará....

—¡He resuelto no casarme nunca! replicó Felix exasperado. Creia que su prima trataba de burlarse de él.

—¿Nunca? preguntó la joven con una graciosa mueca que su amante no comprendió.

—¡Nunca! ¡jamás!

Felix exhaló un suspiro, y Carmen hubiera dado cualquiera cosa por probarle que mentia. Por un segundo la asaltó la idea de abrazarle y preguntarle, imprimiendo sus labios en los suyos, si no habria nada en la tierra que le hiciese variar de resolucion.

Si ella hubiese obedecido á este momentáneo capricho, de seguro, caros lectores, que la novela terminaba aqui; pero cuando vacilaba en realizarlo, se abrió la puerta del gabinete y entró una de sus amigas, la joven andaluza que con tanto brio reivindicó las glorias de la muger en la memorable sesion de que dimos cuenta en el capítulo IV.

Al entrar saludó á Granado con una sonrisa que desagradó altamente á la baronesa, y contribuyó á au-



mentar el disgusto que la ocasionaba la interrupción de una entrevista tan grata para ella.

La conversacion, como era natural, perdió todo su interés; y en mal hora la andaluza trató de reanimarla, preguntando á la baronesa:

—¿Es verdad que os vais á casar con el marqués de X?

Felix empalideció: el marqués de X., notable por su bella figura, por la influencia que tenia en la corte y por sus riquezas, era uno de los que veia mas solicitudes al lado de su prima.

—¿Dices eso?... preguntó Carmen afectando indiferencia.

—No lo dicen, lo aseguran como una cosa resuelta.

—Pues se equivocan: todavía no hay nada decidido. Una parienta lejana de mi marido, que me demuestra mucho cariño, y á quien aprecio por su buen fondo, tiene empeño en que esa boda se realice; pero yo no he otorgado todavía mi consentimiento.

—Ya lo otorgareis, repitió la andaluza.

La señora de Llanes hizo un gesto, que así podía tomarse por una negativa como por una afirmación.

Felix, que no queria escuchar mas, se levantó.

Carmen, tan dolorosamente conmovida como él acompañóle hasta la puerta, y sin cuidarse de la maliciosa sonrisa de su amiga, cuya estemporánea visita maldecia, le dijo en voz baja.

—¿Volverás?

—¿Para qué, señora, respondió el joven con amargura; si solo he de encontrar á la baronesa de Monriera ó á la marquesa de X., y no á Carmen?...

Felix hizo una profunda reverencia y desapareció; á Carmen se le saltaron las lágrimas, no sabemos si de dolor ó despecho.

Esa tarde hubo una larga conferencia secreta entre la esposa de don Francisco y su fiel confidente Paquita.

—Mas ay! en vano la esperta doncella de labor, puso en tortura su fecunda imaginación; no le fué posible encontrar un temperamento que conciliase las exigencias de su ama con las consideraciones y el decoro que al mismo tiempo deseaba guardar. La buena muchacha no comprendia como dos personas que se amaban tan leal y sinceramente, no lograban entenderse; y proponia medidas inaceptables en el estado á que habian llegado las cosas. Así fué que terminó la conferencia sin ponerse de acuerdo, y sin saber ella ni su ama qué partido adoptar para que Felix volviese á casa de la segunda.

Verdad es que Carmen habria podido desvanecer con una sola palabra el error en que se encontraba Felix; pero ella no podia anticiparse á pronunciarla, sin hacer una confesion que una muger joven y bien educada, por enamorada que esté, no hace nunca sin luchar largo tiempo con el pudor. Luego, conocia que las apariencias la condenaban, y que á Felix le sobraban motivos para estar enojado con ella, y su orgullo de muger la impulsaba á no buscar su justificación en nada que acabase de desconceptuarla á los ojos de su amante. Además, la torpeza de éste, que no habia comprendido ni su turbacion, ni sus miradas, ni sus lágrimas, lastimaba no poco su amor propio. En su despecho, llegaba á acusarle hasta de insensibilidad, y se decia que era una tonta de afligirse y estar inquieta por un hombre que nada sabia adivinar ni enterarse por nada. Entonces, para consolarse, cantaba un aria, bordaba perritos y pájaros, ó se entregaba á la lectura con envidiable aplicacion.

Así trascurrieran algunas semanas: cien veces Carmen tuvo el pensamiento de escribir á Felix, pero no bien habia trazado el primer renglon, borraba todo lo que en seguida escribia, no acertando á decirle con la pluma lo que nunca se hubiera atrevido espontáneamente á confesarle de viva voz.

La paz y la alegría se habian alejado del pecho de Carmen; lloraba á menudo, y á menudo se estremecía cuando la puerta de sus salones se abria con estrépito; su corazón palpitaba con violencia cuando un coche se detenía bajo sus balcones, y cuántas veces se aproximó á los cristales, y pasó allí en pie las horas enteras, esperando la vuelta del ingrato que tan mal correspondía á su cariño!

A los dias de febril espera, se sucedian noches de insomnio mas fatigosas aun. ¡Oh! ¡cómo suspiraba entonces por la tranquila paz que disfrutaba en el palacio de Monriera! y no obstante, si alguna encantadora le hubiese ofrecido con un golpe de su varita trasportarla á aquel parage y devolverle el reposo y la inocencia de sus primeros años, de seguro que no habria aceptado su oferta. Gozaba en sus inquietudes, y en sus penas habia algo que la adormecía como un filtro voluptuoso.

Desde su postrera entrevista con ella, Felix habia abandonado sus antiguas costumbres, su reserva y circunspeccion: el tímido lugareño se habia convertido en un elegante calavera: frecuentaba los teatros, los paseos, los cafés y lupanares á la moda; tiraba el sable, el florete y la pistola; jugaba, tomaba dinero sobre sus posesiones y no pagaba á sus acreedores; en suma, llevaba una vida disipada, y malgastaba alegremente, al decir de algunas personas formales que lamentaban su extravío, su salud, su tiempo y su dinero. El celeberrimo capitán se habia encargado de educarle, y con tal maestro el desdichado Felix no podía menos de ir lejos en la senda de la disipacion y el libertinaje.

Afortunadamente la secreta pasión que albergaba en su pecho le mantenía puro en la atmósfera del vicio:

en medio de las giras campestres y de las cenas mas borrascosas, cuando los vasos y platos comenzaban á volar por el aire, suspiraba acongojado y apoyando el brazo en la mesa y sobre el brazo la cabeza, se quedaba como dormido, pero en realidad absorto en sus tristes pensamientos. Si era necesario bebia y gritaba mas que los otros; pero no podia divertirse, y no bien sus compañeros hablaban de apagar las luces, se escabullia silenciosamente y se salía á la calle.

El cazador le habia puesto en relaciones con varias personas que hubieran tenido un verdadero placer en desasnarle; al presentárselo les habia dicho: es mi primo, y los que conocian al capitán sabian que no podía recomendarle mejor. Las personas precitadas acogieron á Felix perfectamente, y teniendo en cuenta su inesperienza, le mimaron y agasajaron, en términos que si no recorrió en breve y en todas partes, los grados indispensables para llegar, como su primo, á capitán general en la carrera de la galanteria, fué porque no quiso, fué no por que le faltase voluntad ¡ay! sino por que siempre y do quiera le perseguia el recuerdo de su bella prima, al lado de la cual todas las mugeres del mundo le parecian feas, y cuando llegaba el momento de pasar el Rubicon de las buenas fortunas, huía de repente como José de la esposa de Putiphar.

Los amigos y amigas de Felix, segun el estado de su humor, se reian ó se incomodaban de sus estravagancias; pero á él se le importaba lo mismo la risa que el enojo. Esto dió origen á que se le considerase como un hombre raro y original, y á que algunos hiciesen apuestas que habrian redundado en beneficio del amante de Carmen, si este se hubiese encontrado en disposicion de explotar la credulidad de los que ignoraban la verdadera causa de su indiferencia. Bastábale para su objeto que el mundo le creyese un libertino, á fin de demostrar á su prima que la habia completamente olvidado; mas nunca pensó ni pudo convertirse en héroe real del triste papel que desempeñaba simplemente como actor.

Mientras se dedicaba con este objeto á una joven actriz del teatro de la Cruz, para llamar así mas y mas la atencion, el capitán de cazadores continuaba galanteando á la baronesa. Habia cambiado su plan de asalto en un sitio regular: aspiraba nada menos que al santo lazo, y ponía en juego todos los resortes de su estrategia y gran conocimiento del corazón femenino, que el se vanagloriaba de poseer mejor que nadie. Ella le recibia siempre con la sonrisa en los labios, porque así sabia por él cuanto hacia y pensaba Felix, y Felix le buscaba á fin de que le hablase de Carmen. Don Martín, sin advertirlo, satisfacía plenamente los deseos de ambos y con la indiscrecion de un niño referia á cada uno lo que mas le interesaba. De este modo Granado averiguó que el pretendido matrimonio con el marqués de X... habia sido un rumor que, si bien no carecia de algun fundamento, jamás se realizaria porque Carmen le profesaba una antipatia declarada. No obstante, como quedaban en pie los capítulos de su traicion anterior con Llanes y el de las calumnias con el vizconde, Felix perseveró en sus ideas respecto del odio que le profesaba su prima.

Habiéndole encontrado ésta en una de las casas que los dos frecuentaban, le dió á entender que sabia de que manera vivia.

—¿Has hallado, le preguntó, la felicidad que buscabas?...

—Solo trato de no dejarte por embustera, querida Carmen.

Ella le miró con reconcentrada pena: Felix atribuyó á falsa compasion aquella elocuente mirada y prosiguió irónicamente.

—Me atribuyes un vicio que es el padre de los demas, y ya ves el abismo en que me encuentro. ¡Pronto no me quedará otro recurso que tirarme al canal ó levantarme la tapa de los sesos!

Carmen le volvió la espalda, sin dignarse contestar. Granado se daba los aires de un calavera desenfadado alabándose de vicios que no poseía: al contrario de esos hipócritas que se atribuyen virtudes que no tienen, se vanagloriaba en voz alta de un libertinaje que le habria envilecido y llenado de desesperacion á ser verdadero.

Fatigado al fin de aquella lucha, harto de una existencia árida en la que todo era mentira, menos el fastidio, una noche que se paseaba al rayo de la luna por los alrededores de Madrid, resolvió tomar un partido violento. Una escuadra debia hacerse á la vela del puerto de Cádiz dentro de breves dias con destino á las Antillas, y Felix se propuso solicitar un empleo en ella y abandonar para siempre la Europa. Joven, emprendedor, audaz, con vastos conocimientos científicos, esperaba conquistarse una posicion al menos y quizá ganar prez y renombre en aquellos remotos países. Su proyecto le pareció magnífico, y desde el dia siguiente comenzó á dar los pasos necesarios. Los amigos de su madre, que tenian grande influencia en la corte, le recomendaron eficazmente, y el ministro del ramo empeñó su palabra de facilitarle entrada en la escuadra, atendido los méritos y servicios de su padre y los estudios especiales que habia cursado en los colegios militares de Segovia y Toledo, y luego darle una colocacion conveniente en las colonias.

(Se continuará.)

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

## RECREOS DE INVIERNO (1).

### UN VIAJE Á LA COSTA DEL MEDITERRÁNEO.

DE SEVILLA A CÁDIZ.

El vapor Rápido.—El Guadalquivir.—San Lucar de Barrameda.—Cádiz y su bahía.

A las 8 en punto de la mañana del 25 de noviembre, la tercera campanada del vapor fué la señal de quitar el puente y dar movimiento al buque. En aquel momento se concibe la idea mas exacta del movimiento de la tierra. Esta parecia ser la que andaba, no nosotros: la tierra con relacion á nosotros era el sol con relacion á la tierra.

De pie sobre el puente del vapor, miré á Sevilla, fijé en mi mente su lindo aspecto, sus altas torres, su enhiestada giralda sobresaliendo así como la catedral sobre todos los edificios, y recordé entonces lo que un escritor árabe dice hablando de Ebn-Abed, rey de Sevilla, espulsado de ella por los almoravides á quienes llamó como amigos para que le auxiliaran contra los cristianos, y se convirtieron en sus enemigos despojándole de su corona y reino.—«Ebn-Abed y su familia, dice, desde la nave que los conducia por el Guadalquivir, volvieron los ojos hácia la bella ciudad, abierta como una rosa, en medio de la florida llanura.»

La velocidad del vapor me hizo perder de vista á Sevilla. Una densa niebla vino despues á robarme el encanto de las pintorescas márgenes del Guadalquivir; condensándose tanto, que fué preciso parar la máquina porque no se veia á una vara de distancia, y habia grande esposicion de tropezar con algun buque.

El Rápido, como los tres vapores mas, el Teodosio, el Trajano, y el San Telmo, destinados á esta carrera, son escelentes. Hay en ellos comodidad, buena mesa, buen servicio, y esmerado trato.

Aclaró un poco el día y siguió la marcha. En tanto la mesa de popa, estaba cubierta con todos los manjares que uno deseaba: y un almuerzo no interrumpido, por que el sitio del que concluía de almorzar lo ocupaba otro, formaba relaciones y simpatias de verdadero afecto. La animacion de los viajeros era completa: incluidos 225 soldados que iban en la proa, se contaban trescientas personas á bordo.

A las once de la mañana se despejó completamente el día, y lo que hasta entonces fué un viaje pausado se convirtió en velocísimo hasta el punto de caminar mas de tres leguas y media por hora. Llegamos á la desembocadura del Guadalquivir, y esceptuando la del Tajo en Lisboa, no hay en la peninsula otra mas pintoresca y mas grandiosa. Ya no se distinguian las opuestas orillas, tal era su anchura: y á no ser por las islas mayor y menor pobladas de innumerables y grandes águilas, y otra porcion de aves y animales, que las daban el aspecto de un pais desconocido, apenas se veia mas tierra.

Mas adelante se empezó á distinguir Bonanza y San Lucar: esa poblacion que tan lisongera posicion tiene; situada á la desembocadura del Guadalquivir y al comienzo del Océano.

Paró el vapor frente al primer punto, dejó y recogió pasajeros, y prosiguió el viaje, no ya tan placentero para muchos, á quienes empezó á imponer el repartimiento de las escupideras para los mareados.

El movimiento del buque avisa el paso de la barra y la entrada en el Océano, cuyas aguas parecen mas oscuras por haber mas fondo.

Al poco tiempo la vista en lontananza de un bosque de palos indica el puerto de Cádiz. Estamos ya dentro de su inmensa bahía, de aquellas aguas surcadas por tantos buques de tan extraños y remotos climas; de aquellas ondas que vieron las primeras veir de América nuestras carabelas con los negros indios y las pintadas aves de Santo Domingo.

A medida que se avanza parece que se ve ir destacando de las aguas la linda, la incomparable Cádiz, la ciudad que saliendo con su nevada blancura del fondo esmeralda de las olas, se asemeja á una rosa blanca enhiestándose lozana entre la verdosa alfombra de una pradera.

Las murallas de piedra, las siempre blanqueadas paredes de las casas, las azoteas coronadas de brillantes jarrones de loza, con sus floridas macetas, y el aspecto de Cádiz, hace que el viajero la contemple estasiado; y de pie sobre la cubierta del buque, quiera acortar la distancia, llegar á la poblacion, pisar su tierra, y enorgullecerse al hallarse dentro de sus muros, pudiendo decir:

—Estoy en Cádiz.

Tales eran mis deseos. Me habian hablado tanto de Cádiz; habia yo admirado tantas veces á sus privilegiadas hijas; me tenian tan entusiasmado sus gracias, su amabilidad y su ingenio, que no era tan anhelada de los israelitas la tierra prometida, como de mí lo era Cádiz.

Al fin llegué; el vapor ancló entre aquella multitud de buques de todas partes que pueblan constantemente la bahía de Cádiz. Reconocido el vapor por la sanidad, se le dió entrada y se apoderó de él la hacienda nacional. Varias lanchas con su vela latina están esperando al viajero y á su equipage, para trasladarle al muelle, dos tiros de bala de donde para el buque.

(1) Véanse los números 97, 100, 105 y 108.



## CADIZ.

## PRIMERAS IMPRESIONES.—EL OBISPO.

Ya estoy, amigo mío, en la antigua y opulenta Gades; en la ciudad de Hércules, donde éste colocó las dos columnas para demostrar el término de la tierra.

La deferencia que han mostrado por Cádiz tanto los fenicios como los romanos, los árabes como los españoles, la merece con justos y envidiables títulos. Además de ser uno de los mejores puertos del mundo, por hallarse hacia sus cuatro partes, asentado en la Europa, á su inmediación el Africa, al frente el Asia, y á su espalda América, es, como población, la mas linda de España; es un modelo de población.

Hermoso aspecto, bellísimas casas y agraciados pobladores, forman el conjunto de este privilegiado pueblo sin pueblo, porque no se halla aquí esa desventurada clase sin instrucción, sin buen porte, sin finos modales, sin tolerable trato al menos, que tanto abunda en todos los pueblos. Esa envidiable y graciosa dulzura del habla y un delicado porte se encuentra hasta en las personas de mas ínfimos oficios, que llegan á desdenar los trages que no les elevan de su esfera.

—Cuando vengas á Cádiz, sube lo primero á la torre de la Vijia, vulgo Tavira, y te creerás sobre la escoba de un buque. Con los anteojos de observación y mirando á la Península, verás una pintoresca costa y los pueblos de Puerto Real, San Fernando, Puerto de Santa Maria, etc. que, como en estudiado anfiteatro, se presentan á nuestra vista, pudiéndose distinguir las personas. Verás surcar lanchas y vapores conduciendo pasajeros desde Cádiz á estos puntos, y vice versa, y verás en toda la circunferencia interrumpida la no desagradable monotonía del mar con próximos y lijeros buques que, entrando unos y saliendo otros, con plegadas velas aquellos, y estendidas en general estos, vuelan sobre las ondas y parecen á poco dispersas gaviotas corriendo por la superficie del mar.

Un recuerdo me asaltó á mi al contemplar esto: un recuerdo triste, desgarrador. Hubo un tiempo me decía en que solo venían á Cádiz los buques todos del Nuevo Mundo, y en ellos el oro y la plata que producían las inagotables minas de Méjico, del Perú y de Potosí, y los riquísimos frutos coloniales; aquí llegaban las preñadas naves de Acapulco; y á la par que á Cádiz llegaba todo lo que producía la América, de Cádiz salía de todo cuanto producía la Europa. Cádiz era la Venecia marítima y mercante de nuestros tiempos; y sus comerciantes el modelo de probidad. El comercio esclusivo de Cádiz con la América, trajo á esta población los capitales extranjeros que los depositaban sin otra garan-

tía que la buena fé, y no se ha dado un ejemplar de que esta se quebrantara.

Aquella época pasó para Cádiz como un sueño: la calle Ancha que era la bolsa mas concurrida de Europa, está desierta; los capitalistas que entonces afluan á Cádiz, marchan hoy á Sevilla; de su opulencia solo queda á Cádiz el buen gusto, y este es uno de los títulos con que se envanece justamente, porque él prueba su ilustración, su finura y su desprendimiento.

Trazada esta idea general de Cádiz, voy á hablarle primeramente de su obispo el Excmo. Sr. don Fray Domingo de Silos Moreno, ídolo de los gaditanos.

A la honradez del riojano, reúne la bondad del buen cristiano: educado en la clausura de un convento, de la orden de su nombre, ha aprendido á ser un dechado de sencillez, de sobriedad, de caridad y de virtud. Los innumerables hechos en que hace repetidamente oculto alarde de estas dotes cristianas, los tienen grabados sus feligreses en el corazón, los repiten diariamente sus labios, y oye así el forastero la historia exacta de aquel buen prelado, unida á la de la construcción de la catedral, á él debida.

Considero un deber en todo viagero que vaya á Cádiz, visitar á su obispo, y si no lleva recomendación, cualquiera se apresurará á presentarle, y si á nadie quisiera molestar basta se presente solo y será bien recibido. Entonces entrará en aquel palacio que solo tiene de tal el nombre: verás sus muebles tan pobres como escasos, pues porque no careciera de una silla decente le ha regalado una el ayuntamiento para que la ocupe en su despacho, y verá luego al obispo siendo un exacto modelo del prelado, sencillo, humilde cristiano en fin.

Con bondadoso acento, con las pausas á que le precisa su valetudinaria edad, se le oirá conversar entonces como con un hermano: referirá las trabajosas pero gloriosas vicisitudes de su vida, y se complacerá en prolongar una visita como si fuera á él á quien se le dispensará el honor que uno mismo recibe.

Cuando uno se retira del lado de aquel verdadero pastor, no se ven en las antecámaras y escaleras de su morada los infelices necesitados que esperan en vano á la puerta del magnate un pedazo de su pan sobrante, sino á los agradecidos pobres que desean verle para llenarle de bendiciones por sus limosnas.

¡Cuántos actos de sublime caridad ha practicado este obispo! ¡Cuán inmensa, aunque agradable tarea sería el describirlos! Pero en la precisión de renunciar á ello voy á citar un hecho que acaba de suceder. La caridad de este prelado, hacia que repartiera entre los pobres, no solo su dinero, que nunca lo llama suyo, porque dice que es administrador de los pobres, sino hasta las ropas de su uso mas preciso. Visitábele un día un conocido comerciante de esta ciudad, y llegando

á saber que solo tenía unos pantalones rotos, cuando volvió á su casa reunió algunos nuevos, corrió con ellos al obispo, y le pudo hacer que los aceptara bajo la condición, le dijo el comerciante, «de que no son regalados, sino dados en usufructo.» Trataba de evitar así el que los diera á algun mendigo.

A su obispo debe Cádiz su hermosa catedral. En otros tiempos hubiera sido una obra muy sencilla, no solo su conclusión sino su construcción toda: en estos, lo que ha hecho el prelado gaditano, ha sido una empresa mas grandiosa que hacer un camino de hietro de Cádiz á Barcelona, para lo que se hubieran encontrado mas fácilmente mil ó dos mil millones, que media docena de ellos para el templo de Dios. Pero se trataba de fray Domingo de Silos Moreno, del octogenario obispo de los gaditanos, y de este pueblo, y las obras empezaron, el obispo se constituyó en director, en administrador, en sobrestante de todo, y sus rentas y las limosnas de los fieles iban construyendo el sagrado templo.

Todos sus feligreses se apresuraban á secundar los deseos de su pastor: unos daban piedras, otros maderas, otros hierro, y hasta el mas pobre depositó su ochavo en la casa de las limosnas para construir la catedral.

Esto, amigo mío, es grandioso, sublime, y sería bastante para concebir, si ya no la tuviera, una elevadísima idea de nuestra divina religión.

Pero si esto tiene tan sublime grandeza, la hallo aun mas en otros hechos. Había ocasiones en que no había un cuarto en caja, ni medios de obtenerlo. Un día el señor don Leto, sobrino del obispo, le dijo:

—No hay dinero, ¿se suspende la obra?

—No, hombre, no, que siga, Dios proveerá.

Y al día siguiente se recibió un donativo de 20,000 reales de una señora, creo del Puerto de Santa Maria, que no permitió se supiera su nombre. Tú, que conoces en mí lo que sueles llamar despreocupación, comprenderás lo que vale lo que acabo de contarte, cuando tengo de ello un íntimo convencimiento.

Baste, pues, con esto para comprender lo que el pueblo gaditano quiere á su obispo, el cual corresponde debidamente; pues ha rehusado ha tiempo el arzobispado de Sevilla, y con él el capelo, por no salir de su querida Cádiz.

Diciembre de 1850.

A. PIRALA.

Solucion del logogrifo inserto en el número anterior.

Solo la ley determina la represión de los asesinos.

DIRECTOR Y EDITOR, F. DE P. MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, núm. 8.

## CAPRICHOS DE UN ARTISTA.



Un militar de la guerra de la Independencia.



Espectadores de un drama romántico.



Un artista del Casino de Santa Bárbara.



Un revocador de fachadas.



Escenas de caza.



Nadie pase sin hablar al portero.



Una prueba de amor.